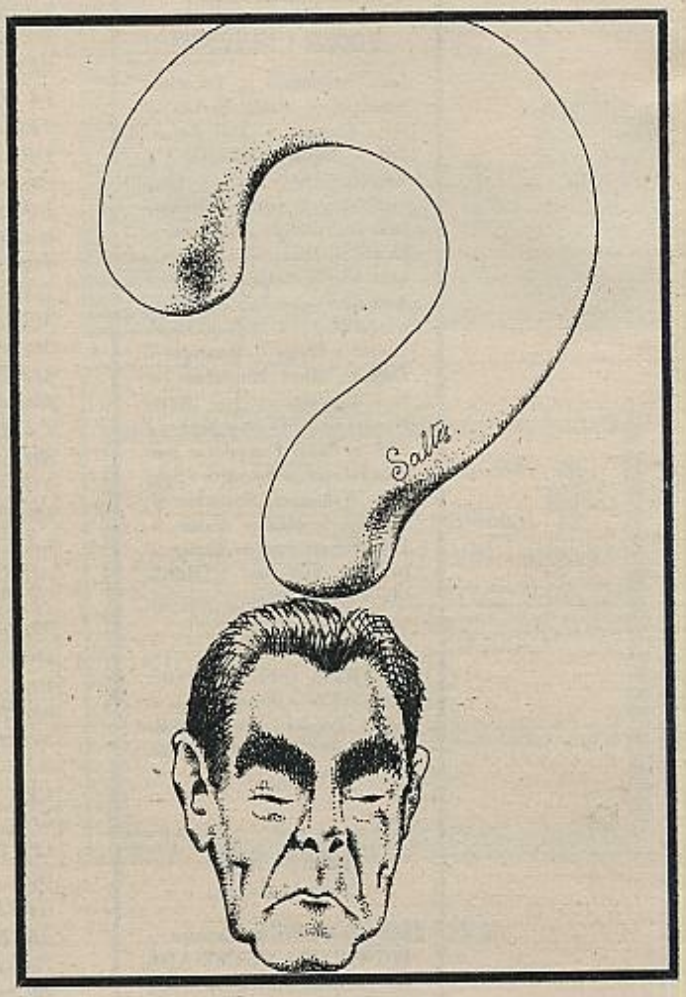
e. haro tecglen

# LA HORA DE LOS HALCONES

LA situación mundial es dura: los países se endurecen para enfrentarse con ella. Los «halcones» vuelven a elevarse en el cielo político. Vuelan por encima de las «palomas». En un mismo día se han denunciado dos acuerdos importantes: la Unión Soviética ha rechazado el acuerdo comercial con los Estados Unidos, los Estados Unidos han declarado que no se sienten ya ligados a los acuerdos de paz en Vietnam. Hanoi ha acusado a los Estados Unidos de mantener dichos acuerdos en un estado de violación perpetua... Hay otros datos: Ford ha respaldado las amenazas de Kisssinger contra los países árabes, el secretario de Defensa, Schlesinger, ha contribuido a la tensión advirtiendo que los Estados Unidos tienen los planes y los medios suficientes como para invadir los países árabes «en una situación extrema».

Y los rumores sobre Brejnev... Moscú los desmiente continuamente, los acusa de groseros, de burdos. De imbéciles. Pero los rumores no se detienen y dan paso a la especulación. El esquema de la especulación es demasiado sencillo. Puesto que Brejnev es el autor personal de la política de entendimiento con los Estados Unidos, puesto que ese entendimiento se ha dificultado sobre manera incluso hasta el punto de denunciar un tratado de la mayor importancia, puesto que Brejnev no aparece en público y se le da oficialmente como enfermo, nada más elemental que pensar que, real o imaginaria su enfermedad, grave o pasajera, ha sido desbordado por sus propios «halcones», por los elementos duros, por los antiguos stalinistas, nunca borrados totalmente de las esferas de poder. En resumen, por quienes temen que la política de coexistencia esté hecha solamente de concesiones a los Estados Unidos, por quienes consideran que la URSS tiene una postura «entreguista», como se dice en el argot político. Corresponde exacta, simétricamente, a los que en los Estados Unidos piensan lo mismo, sólo que a la inversa. En una palabra, a aquellos sectores de la opinión y a aquellos firmes y poderosos grupos de presión que están representados por el senador Jackson, autor de la cláusula que ha obligado a la URSS a denunciar el tratado.

OTRO tema de inquietud para los Estados Unidos, enrededados en sus problemas institucionales, constitucionales y hasta doctrinales e ideológicos. ¿Puede ocurrir que un senador, sea cual sea su poder (en general, el poder de un senador es mucho: el Senado es la asamblea de mayor decisión política, y sólo tiene cien miembros), pueda destruir la política exterior del país? Tienen un recuerdo los americanos bastante grave de lo que puede un senador con el nombre de McCarthy, que instauró un fascismo que funcionaba por encima de la Presidencia. Un senador, Jackson, puede establecer un fascismo exterior (en el interior, su política es liberal y abierta, y considera que ésta es la mejor fórmula para alcanzar la presidencia de los Estados Unidos, a la que aspira para 1976), a condición de que tenga los suficientes puntos de apoyo. Los tiene. Representa al «lobby» judío, que dispone de prensa, televisión, dinero, políticos. Representa al sector de la industria militar, para el que la idea de coexistencia y desarme es sinónimo de ruina. Representa el miedo. Casi siempre, las guerras son producto del miedo. En amplios sectores de la URSS hay miedo a un predominio militar, político y económico de los Estados Unidos, a una situación mundial que pudiera hacer tambalearse a un régimen demasiado rígido para responder con flexibilidad al viento de una ofensiva, miedo a China y miedo a una coalición entre Estados Unidos y China (cosas más extrañas se han visto y se están viendo). Contra lo que puede parecer por sus palabras y por sus gestos, los «halcones», los ultras, los partidarios de la fuerza y de la violencia, son los sectores que más miedo tienen en las naciones y en el mundo. No hace falta rascar mucho sus declaraciones enfáticas para encontrar continuamente la alusión a un fin del mundo propio, al enemigo que avanza, o que regresa, o que se rehace. Jackson ha planteado su enmienda de manera que sea difícilmente rechazable por el departamento de Estado o por la Presidencia. La ha ligado a la cuestión judía: no hay político que en los Estados Unidos pueda alzarse frente a la presión judía: perdería votos, perdería propaganda, sería confinado al olvido. La escalada de sofismas de Jackson es hábil: el entendimiento con la URSS se basa en la hipótesis de que su régimen ha cambiado desde la muerte de Stalin; se ha democratizado y ha cedido en su ímpetu de agresión. Una prueba del cambio y la liberalidad del régimen consiste en que facilite libremente pasaportes a los súbditos que quieran




abandonar el país. En este momento hay una masa de tales súbditos que desearían marcharse y no obtienen permiso: los judíos. Por lo tanto, se requiere esa prueba para poder llevar a efecto un tratado preferencial de comercio... La indignación soviética es fácilmente comprensible: una cuestión de política exterior y de intercambios comerciales no puede estar supeditada a una modificación del régimen interior. Imagínese la indignación de Estados Unidos si la URSS exigiese para firmar el tratado de comercio que los negros tuviesen igualdad real de opciones que los blancos, o que se nombrase un número igual de negros que de blancos en el Senado. Pero el senador Jackson sigue triunfando: la negativa de la URSS «demuestra» (por su óptica, por su semántica) que la URSS no ha cambiado, que sigue siendo un país cerrado y oscuro...

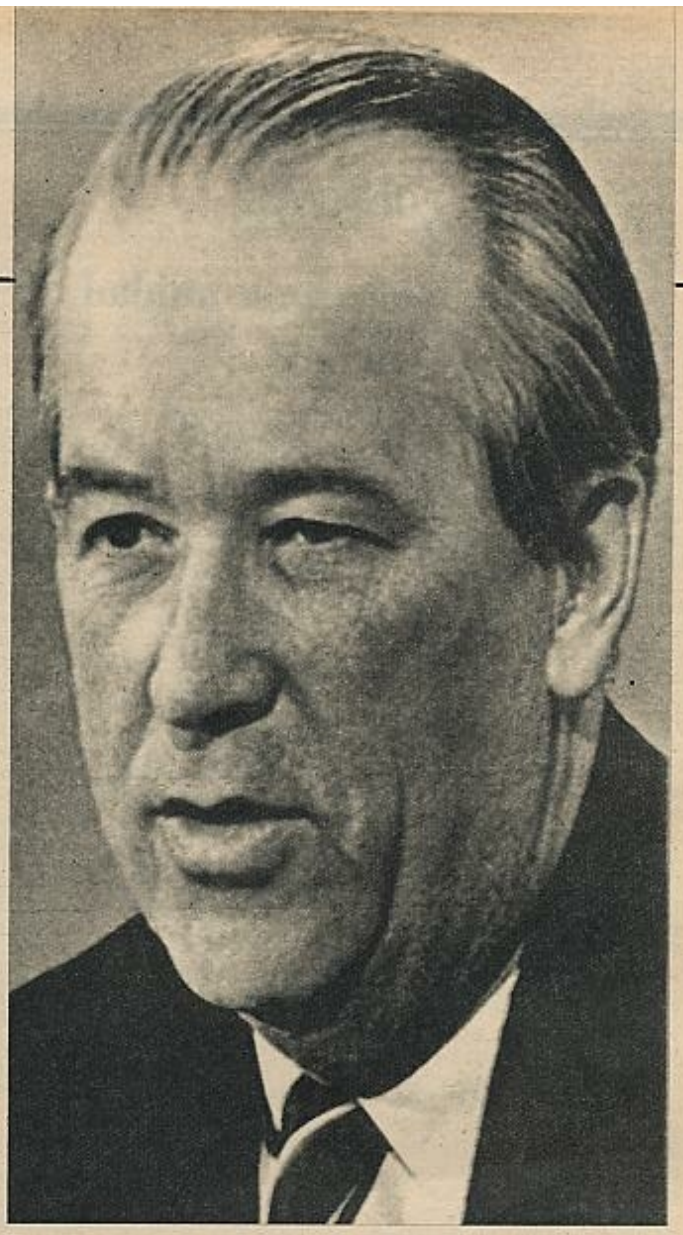
HAY que considerar este tratado roto —o suspendido— como algo verdaderamente importante. Su denuncia es un tema muy grave. Este tratado representaba, nada más y nada menos, que el objetivo de toda la coexistencia. Una vez suspendida la posibilidad de guerra —hasta nueva orden o hasta nuevas armas— por el «equilibrio del terror», que no era un entendimiento, sino una situación, las dos naciones trataron de sacar el mayor partido posible a esa ausencia de guerra. La URSS necesita tecnología, necesita una ampliación industrial para recurrir con artículos de consumo al nivel de vida del pueblo soviético. Los Estados Unidos necesitan un mercado amplio y nuevo, que revitalice los cansados mercados

tradicionales explotados durante años y años. El tratado era el vértice de la coexistencia. Lo es aún. Era la iniciación de una nueva etapa mundial. Para los Estados Unidos, más imprescindible aún por la situación económica mundial.

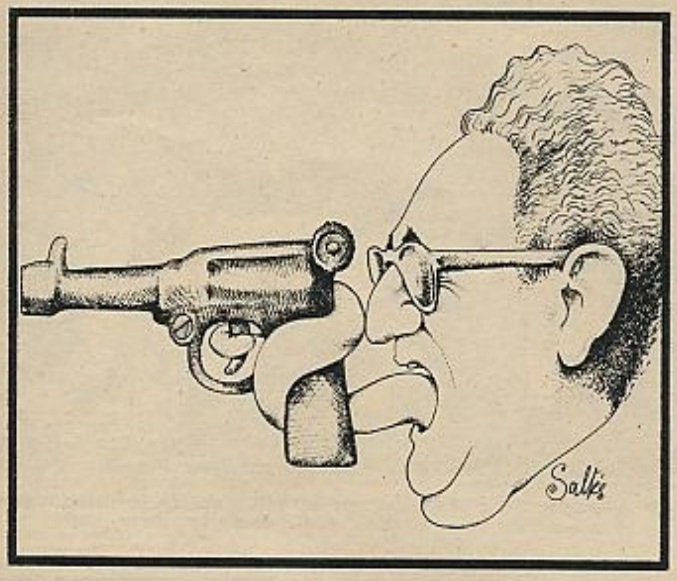
BREJNEV y Kissinger-Ford han sido en este caso víctimas de sus propios «halcones». Brejnev, obligado a denunciar el tratado para señalar que la línea de concesiones se ha terminado (Brejnev y los principales políticos del Kremlin hubiesen aceptado el cupo de salida de judíos de no haberse hecho pública la cláusula obligatoria); Kissinger, obligado a aceptar la enmienda Jackson, aún en su nueva redacción (Kissinger explicó ya a Jackson que los judíos saldrían de la URSS en el caso de que la cláusula no fuese escrita; pero a Jackson le interesaba sobre todo que fuese escrita, y le interesaba conseguir que el tratado fuese anulado; aun a costa de que los judíos soviéticos se queden sin salir del país como consecuencia. La verdad es que los judíos soviéticos no le importan a nadie y que situación se utiliza solamente como arma). Se les ha desmontado su política exterior.

ESTA hora de los «halcones» se representa así: la denuncia del tratado es sólo un síntoma de su toma momentánea de poder. El origen está en la crisis económica mundial. Se ha visto desde el principio de la crisis que lo que puede producir más fácilmente es un endurecimiento general. Aumenta el miedo, incluso crea pánico, y el miedo produce la reacción de fuerza. El discurso de Ford sobre el estado de la Unión —discurso tradicional de principios de año— ha convenido en que el estado de la Unión es malo y que puede ser peor. Los Estados Unidos comienzan a ejercer una presión global para mantener su economía a la manera clásica de un imperio: es decir, sobre las materias primas y la mano de obra de los demás. La vienen ejerciendo sobre Europa con éxito creciente: la reanudan con el viejo tema de Vietnam, la renuevan con sus amenazas a Oriente Medio. Tal como están las cosas en estos momentos, no sería extraño ver una nueva intervención directa en Vietnam (la flotilla que iba hacia el mar Rojo pareció en un principio ir hacia Indochina, y el rumor era algo verosímil), y tampoco sería nada demasiado asombroso que intentasen realmente una acción de desembarco y ocupación de los pozos de petróleo del Oriente árabe. Hace unos años, los datos actuales hubiesen sido suficientes como para desencadenar tales acciones, y algunas más.

ESTO no indica ni mucho menos que una u otra acción, menos aún las dos simultáneamente, pudieran ser ganadas por los Estados Unidos. Todo lo contrario, las más sencillas predicciones, basadas en las experiencias recientes y en la tesitura del mundo actual, indican que cualquiera de esas dos guerra —sin incluir la hipótesis de una respuesta militar soviética— serán catastróficas para los Estados Unidos, que verían de nuevo una ruptura profunda de su sociedad, una reprobación del mundo entero y, además, un enemigo guerrillero y duro —y los árabes están demostrando en los comandos cuál es su dureza, hasta qué punto llega su resistencia—, que le haría imposible la victoria. Este cálculo es muy fácil de hacer, es algo muy probable. Pero los Estados Unidos serían capaces de desafiarlo, como lo han sido otras veces. La lección de Vietnam es tan inútil para ellos como la de Indochina lo fue para los franceses, que apenas salidos de los escombros humeantes de su derrota de Dien Bien Fu entraron a luchar en Argelia en condiciones muy parecidas. Cierta derecha es tan tozuda en su confianza en la fuerza, que prefiere perder sus propios intereses antes que entrar en otra clase de concurrencia. Quizá, además del miedo que impele siempre a la fuerza, haya una falta de seguridad en sí misma para los juegos inteligentes de la negociación, la diplomacia o la política.



**El senador Jackson ha ligado hábilmente su enmienda a la cuestión judía: no hay político en USA que pueda alzarse frente a la presión del sector judío, pues perdería votos, perdería propaganda y sería confinado al olvido.**




PODRIA ocurrir muy bien que la posición de la URSS al denunciar el tratado sea una señal lanzada a mucha mayor distancia que el tratado en sí, de que no está dispuesta a seguir transigiendo en todo y que hay una serie de puntos sensibles en el mundo que los Estados Unidos no pueden tocar sin incurrir en abierto delito de lesa coexistencia. Si para intervenir en Vietnam o en el Oriente árabe los Estados Unidos necesitaban una señal de la URSS, en el sentido de que ella misma no intervendría, han tenido la señal negativa. Puede ser que les sirva para detenerse. Pero no hay ninguna seguridad. En estos momentos, en todo este año que acaba de comenzar, puede ocurrir cualquier cosa. Se sabe ya que van a ocurrir cosas graves: debemos estar preparados para una gravedad máxima. ■